

LA METAMORFOSIS

Oliver Gustavo Perdomo

Lo amarga hasta las más íntimas fibras el padre

Lo destrozan los oscuros tiempos que le tocó vivir

Raúl Gómez Jattin - Franz Kafka - Los Hijos del Tiempo

“Una mañana, tras un sueño intranquilo, Gregorio Samsa se despertó convertido en un monstruoso insecto... Su nuevo cuerpo se agitaba incontroladamente y en penosa agitación.”

Así empieza la novela del escritor judío Franz Kafka, concebida en el año de 1915. Franz nació en Praga en julio de 1883 a puertas de la Primera Guerra...

Pero ¿qué querría decir Kafka con que Gregorio aquella mañana despertó convertido en un monstruoso insecto? ¿Qué símbolo, qué efecto tiene el fruto rojo del conocimiento incrustado con furia y rencor en el lomo de ese horrible insecto?

¿Hay en esto una clave, un secreto que Kafka tal vez quería que lo descubriéramos?

¿Quiénes son aquellos hombres de negro que invaden sus aposentos, y a los cuales la familia rinde un desmayado abatimiento?

¿Por qué el gerente no tarda sino un par de horas en ir a ver al insecto?

¿Quién es la mujer que finalmente lo encuentra seco, tieso, muerto?

Preguntas que me salieron al encuentro mientras caminaba por las páginas de la historia de aquel monstruoso insecto. ¿Qué significa la metamorfosis; tal vez la mutación de los sentimientos por tumbas de dinero?

¡Un mundo de muertos!

Kafka pone al descubierto en este extraño libro la crisis que trae consigo la alienación y el miedo en un mundo de humanos imperfectos, locos por la riqueza y dementes por obtenerla. Y esto precisamente nos recuerda qué pasa en las familias corrientes, frágiles... A muchos les ha tocado vivir este horrible sueño.

La primerísima causa es el miedo. Miedo a todo y de todo. Luego el desespero y finalmente el crimen. Podríamos recordar cualquier pasaje de la historia roja de nuestro Pueblo. Como en cualquier pasaje bélico de este hemisferio, para darnos cuenta que, como Gregorio, vivimos cansados de tedio; o para sentir, al igual que Gregorio, cómo nos convertimos en horribles insectos.

Su vida se llena de estos espejos. Cuadros viejos, apolillados y con escenas de enfermos... Círculos de amor rotos por los celos y el menosprecio. Esperanzas en un fondo oscuro perverso.

¿Por qué el padre actúa como un poseso? ¿Por qué no quiere a su primogénito?

Y como él, hay muchos hechos... Hay padres de toda índole, unos buenos como otros no tanto. Hay padres que uno desea jamás se hubieran muerto, mientras que hay otros que no se ganan sino los malos puestos: los del resentimiento y el odio, porque siembran el mal con tal encono que perviven para siempre el dolor y la tristeza. Otros, por el contrario, prodigan como un árbol frondoso todo el amor y el cariño de su fresca sombra, de sus frutos rojos... dulces, sabrosos.

¿Por qué su madre no lo salvó de ese monstruo?

Ella también vive, o más bien, padece el autoritarismo del otro... Su condición fémica, débil, (como suelen decir del sexo) y sumisa, pone como un mosco el gusano infecto de la resignación. No estimula la acción, ni el amor revolucionario y mucho menos la mano cariñosa... porque vive presa del terror que le causa la prepotencia del padre, suma autoridad y centro de todo. Un centro viscoso y retorcido. Un todo podrido. Escindido en mil pedazos rotos.

Y su hermana, ¿por qué lo desprecia de ese modo? ¿Acaso Gregorio no quería entregarlo todo para que ella hiciera su sueño realidad y pudiera vivir, a su modo, en un mundo amoroso?

La muchacha piensa, llorando, que lo mejor para todos es deshacerse de aquel insecto viscoso y cerrar así el pasado repulsivamente triste... para abrir las ventanas al futuro insaciable.

¿Pero Gregorio acaso no trabajaba como un bobo para dar a sus padres todo el decoro de una vida digna, sin sobresaltos, y, digamos, de lujo?

Los padres no pensaban en una vida digna, sino en una de alta alcurnia, de oro.

Con todo, Gregorio siempre pensó en lo buenos que eran con él los otros. Por ejemplo, cuando llegó su jefe a la puerta de su cuarto acompañado de la madre, Gregorio se maravilló, muy alegre, de sentirse importante para las personas que estaban ahí, frente a su puerta presentes. Pero al verlo convertido en semejante animal tan horrible, retrocedieron aterrorizados y como enfermos de tener tan cerca semejante monstruo: la madre se disculpa con el jefe como si lo hubiera ofendido adrede e intenta desmayarse, y cuando Gregorio se acerca sufriendo por su ofensivo aspecto, ella retrocede al borde del shock; su padre corre para protegerla y ataca al insecto, lo golpea con el bastón y un rollo de periódico. Gregorio sangra. Sangra una herida en el costado derecho.

(A pesar de que Gregorio sustenta -hasta el momento de la metamorfosis- la casa y ha trabajado duro para pagar las deudas viejas de sus padres, la familia se olvida de todo esto y cambia inmediatamente de personalidad y sentimientos, y a Gregorio se le pasa por la cabeza que lo ha echado todo a perder)

Un revés financiero, años atrás, había sumido a la familia en una profunda desesperación. El tema del dinero y la situación económica de la familia es una constante malsana, alienante. Todo es gris, plano y

borroso. La insensibilidad provocada por el sistema económico-bélico cosifica al ser humano. La escisión familiar conlleva a la servidumbre voluntaria y dependiente. Este veneno trastoca el sentido de la libertad, conlleva al aislamiento y al despojo tanto de nuestro ser interior como de nuestro ser colectivo. Es un mundo donde manda el patrón y los súbditos ignorantes obedecen sin ton ni son como animales de circo, tristemente cómico.

El médico dice que todos los hombres están siempre sanos y que sólo padecen de horror al trabajo. ¿Por qué? Su jefe advierte que el trabajo debe estar siempre por encima de cualquier inconveniente cotidiano. Esta única ausencia de Gregorio en la oficina despertó inmediatamente las más terribles sospechas. No puede haber época en que los negocios se paralicen. ¡¿Por qué?!

El jefe sigue indiferente, le ordena en nombre de sus padres y de la empresa...

Su padre palidece, dice que hay que ganar dinero en un tono de autoridad, colérico. La madre llora el cambio y la niña en su habitación espera lo que se le adviene. ¿Qué será? ¿Tal vez la Segunda Guerra...? ¿La metamorfosis?

¿Quiénes son aquellos hombres de negro? Fríos, sin sentimientos, toscos, invasivos, arbitrarios, despóticos, insolentes, sinvergüenzas, explotadores egoístas y sobre todo unos afectados? ¿Son extranjeros vulgares? ¿De dónde venían estos ladinos? Parecían inversionistas, privados de todo escrúpulo y sentimientos por la casa, sus dueños, los niños... Nunca se les vieron los ojos, siempre ocultos bajo el vidrio oscuro. Las manos en los bolsillos del vestido, en la boca el cigarro; la insensibilidad y el automatismo a flor de piel. Cuando su hermana toca el violín, los hombres de negro sólo sienten desprecio. En cambio Gregorio, pudriéndose como estaba, con aquella manzana ya blanca incrustada en su espalda, fascinado, arrebatado, conmovido hasta las lágrimas, el corazón ardiente, penosamente se retuerce para acercarse a su hermana y expresarle con toda su pasión, el fervoroso amor que siente por ella y sus queridos padres. Pero como ya todos en esta parte están casi por completo convencidos de la necesidad de deshacerse de él, sufren un fuerte estremecimiento de furia. Lo aplastan literalmente como a una vil cucaracha que lo ha echado todo a perder y lo olvidan en el rincón de su cuarto-san alejo. Cuando lo descubren, muerto, casi que seco y aplastado, a Gregorio lo ilumina un rayo de sol primaveral que entra por la ventana.

La familia descansa. Como que se quita un enorme peso de sus almas, cristalizadas e inertes. Pasean por el campo, escriben; la muchacha que desde hace un tiempo usa el cuello descubierto está sentada con ellos y ya no siente, ni remotamente, el recuerdo de su hermano.

(Quizá despierte de aquel sueño intranquilo sintiendo lo que Franz...)

Esta pesadilla onírica, real, se siente viva en toda la ciudad... las crisis de Franz, la metamorfosis de Gregorio, el llanto y sufrimiento de las mujeres, la ley y la autoridad, la invasión, la privación de la libertad, el odio, el arribismo social, la hipocresía, la vanidad, el lujo, la violencia militar, la violencia de los bancos, el servilismo, la desmemoria, el desprecio, la crueldad, la locura sin piedad, la manipulación, la violencia psicológica, la soledad forzada, el silencio, la miseria, la pérdida de identidad, la usura, la incomprensión y la extraña infección, día a día, noche a noche, palpita como eco en estos pueblos sin pasado aparente.

Recibido: 10/08/2017 **Aceptado:** 09/11/2017